

MANUEL BENEITEZ

## **ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO AL «SEPTIMO SELLO» DEL APOCALIPSIS (Apc 8,1)**

### 1.1. UN ENIGMA Y VARIAS EXPLICACIONES

Acerca de Apc 8,1 se ha escrito:

«De cuando en cuando aparecen en el Apocalipsis una o dos frases cuyo mensaje no se puede determinar. Esta es una de ellas. Hemos de suponer que para el autor y para los lectores originarios contenía un significado. No parece de tanta importancia que modifique nuestra comprensión del libro. Acaso futuras investigaciones y descubrimientos puedan proporcionarnos la luz deseada»<sup>1</sup>.

El autor de estas palabras, sin pretender presentar una investigación original y nueva, sino limitándose a explicar Apc a un público no especializado, al llegar a este pasaje no sabe qué decirle. En realidad el pasaje es oscuro. Pero se han avanzado algunas explicaciones que merecen consideración, por lo menos como comienzo de este trabajo. Porque nos resume las de los principales estudiosos clásicos del Apc, creo conve-

---

<sup>1</sup> W. G. HEIDT, *El libro del Apocalipsis*. Introducción y Comentario por... (Conoce la Biblia: Nuevo Testamento 14), Santander 1966, p. 108. Traducción de *The Book of the Apocalypse* (New Testament Reading Guide 14), Colledgeville (Minnesota) 1962.

niente reproducir aquí un pasaje, aunque sea demasiado largo, de U. Vanni<sup>2</sup>. A propósito de Apc 8,1ss, después de haber escrito:

«il silenzio esprime con tutta probabilità l'ascolto, da parte di Dio, delle preghiere dei santi; i sette angeli con le trombe, rappresentano l'esecuzione dei decreti divini, in conseguenza delle preghiere dei santi»,

acerca del silencio, expone en la nota 14:

«The praises of the Highest orders of angels in heaven are hushed [*sic por hushed*] that the prayers of *all* the suffering saints on earth may be heard before the throne. Their needs are of more concern to God than all the psalmody of heaven', Charles, I, p. 224. Loisy condivide questa interpretazione, p. 170. Così pure Lohmeyer, p. 73. Sia Charles che Lohmeyer rimandano giustamente a un'espressione giudaica: Chag. 12b: 'Nel ma'ôn (cioè quinto cielo) ci sono schiere di angeli che prestano un servizio sacro, lodando di notte, ma tacciono di giorno a causa della lode di Israele'.

Allo dà un'interpretazione più generale: 'une attente anxieuse', p. 117; Swete parla addirittura di 'a temporary suspension of revelation', p. 106: ma si può obiettare che il silenzio stesso è una rivelazione.

Bousset interpreta in chiave drammatica: 'Das Stillschweigen im Himmel drückt die barge [*sic por bange*] Erwartung des Kommenden aus. Die Bestimmung  $\omega\varsigma$  ἡμῶρον soll die erdrückende Schwüle und Länge dieser angstvollen Stille ausmalen', p. 290.

Come appare, le interpretazioni oscillano da un'interpretazione radicale, interruzione della rivelazione (Swete), a un'interpretazione puramente drammatica: una 'suspense' che prepara il seguito della rivelazione (Allo, Bousset), a un'interpretazione realistica: silenzio per udire le preghiere dei santi (Charles, Loisy, Lohmeyer). Questa ultima interpretazione appare decisamente preferibile proprio perchè, a differenza delle altre, trova un riscontro chiaro nella letteratura rabbinica. Questa ci fornisce un parametro prezioso di interpretazione, togliendo alla frase quell'impressione di generico che produce nel nostro ambiente culturale e che è rispecchiata dalle prime due interpretazioni.»

Por la interpretación de la espera ansiosa y sofocante («unsagbar drückend») se inclina también Lohse<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> U. VANNI, *La struttura letteraria dell'Apocalisse* (Aloisiana. Scritti pubblicati sotto la direzione della Pontificia Facoltà Teologica per l'Italia Meridionale, Sezione «San Luigi» 8), Roma 1971, p. 124s. En todas estas citas me dispengo de explicar sus referencias bibliográficas en la confianza de que el lector más interesado las comprenderá sin dificultad y porque, por lo demás, creo que para este trabajo no son de especial importancia.

<sup>3</sup> E. LOHSE, *Die Offenbarung des Johannes* (NTD 11), Göttingen <sup>11</sup>1976, p. 55.

No se pretende trazar aquí la historia de la exégesis de este pasaje, sino sólo presentar un abanico de las explicaciones más importantes y/o corrientes, y patentizar de paso la dificultad de la comprensión de Apc 8,1. Sin embargo, puede resultar interesante, precisamente por eso mismo, pero también en orden a esclarecer la base de este trabajo, anotar todavía otras interpretaciones del mismo texto. Una de ellas entiende el pasaje Apc 8,1 a la luz del «silencio» mencionado en estos textos del AT: Sof 1,7; Hab 2,20; Zac 2,17; Is 41,1<sup>4</sup>. El texto señalaría la solemnidad del tiempo de espera de la intervención divina, la del momento que precede a la venida de Dios... (Bartina parece aplicar estos textos del AT —cita sólo los tres primeros— a la duración de «media hora» sobre todo). A veces se halla esta interpretación juntamente con alguna(s) de las señaladas más arriba.

A. Läßle<sup>6</sup> propone una explicación de carácter más literario:

«Nachdem die Spannung, nicht zuletzt durch das eingeschobene und verzögernde Zwischenstück (Apc 7,1-17 [...]) lang genug hochgehalten worden ist, ist man bei der Öffnung des siebten und letzten Siegels zunächst enttäuscht; denn es geschieht nichts. Das erwartete Fortissimo ist eine Pause. [...]

Dieser einzige Satz [Apc 8,1] löst keineswegs die Spannung, sondern er verzögert und verschärft sie. Die Verzögerung ist ohne Zweifel ein literarisches Stilmittel, das im apokalyptischen Schrifttum gerne gebraucht worden ist, um die Spannung zu erhöhen und um gleichzeitig den Geheimnischarakter des noch Bevorstehenden zu unterstreichen.

[...] Sowohl die Naturkatastrophen auf der Erde wie die Gebete und die Liturgie im Himmel verstummen mit einem Schlag. Plötzlich herrscht Totenstille, die alle Beteiligten überrascht. [...] die Stille vor dem Sturm. In schwierigen Situationen können Sekunden zur Ewigkeit werden. Die Zeitangabe 'etwa eine halbe Stunde lang' will die unerträglich lange Dauer der Stille ausdrücken.»

Vengamos a los comentarios más recientes de Apc. Desde el principio me entusiasmó la ruptura radical con la corriente «escatológica»,

Cf. también J. SALGUERO en *Biblia Comentada* (Profesores de Salamanca), VII *Epístolas Católicas. Apocalipsis* (BAC 249), Madrid 1965, p. 392s.

<sup>4</sup> Así, por ejemplo, J.-L. d'ARAGON, *Apocalipsis*, en R. E. BROWN, J. A. FITZMYER y R. MURPHY (ed.), *Comentario Bíblico «San Jerónimo»*, Madrid 1972, t. 4, p. 557s. (traducción de *Apocalypse* en *The Jerome Biblical Commentary*, de los mismos editores, vol. 2, Englewood Cliffs 1968, p. 478). También S. BARTINA, *Apocalipsis de San Juan*, en *La Sagrada Escritura. Texto y comentarios por profesores de la Compañía de Jesús. Nuevo Testamento III* (BAC 214), Madrid 1962, p. 676.

<sup>5</sup> A. LÄPPLÉ, *Die Apokalypse nach Johannes. Ein Lebensbuch der Christenheit*, München 1966, p. 106. Hubo traducción española, creo que ya, desgraciadamente, agotada.

dominante aún en ciertos medios exegéticos en la interpretación de Apc, del discutido y estimulante libro de E. Corsini, para quien Apc mira más hacia el presente y el pasado que hacia el futuro. Después he llegado a pensar que exagera la mirada al pasado, como, por ejemplo, en cuanto escribe a propósito de Apc 8,1<sup>6</sup>. Reconoce también que este pasaje

«per la mancanza di particolari descrittivi e di modelli identificabili, ha messo in grave imbarazzo i commentatori di tutti i tempi. Di qui la varietà, quasi infinita, d'interpretazioni che è dato incontrare. Prevalse presso gli antichi, e ancora si trova in alcuni moderni, l'opinione che questo 'silenzio' stia a significare la fine della storia, l'inizio dell'eternità. Tale interpretazione trova però difficoltà a spiegare in maniera plausibile la precisazione 'come per mezz'ora' che accompagna il silenzio» (p. 235).

Después de refutar algunas otras explicaciones del séptimo sello (más o menos afines a algunas de las expuestas arriba) continúa razonando que en Apc el séptimo elemento de un septenario

«rappresenta sempre la fine, l'interruzione, la distruzione di qualcosa [...]. Il settimo sigillo non fa eccezione: il silenzio mette fine al suono, parola o voce indistinta o rumore che esso sia» (p. 236).

Es ya un mérito notable de Corsini el haberse preguntado quién o qué es lo que calla en este silencio. Como lo es el reparar en que este silencio se produce en «el cielo». Y lo mismo el hecho de buscar qué voces o sonidos se han producido en el cielo hasta este pasaje en el primer septenario y ahora, al final del septenario, callan o puede ser que callen. Entre ellos encuentra la «perenne liturgia» de los ángeles en primer lugar (cf. arriba Läßle). Parece referirse a los himnos de Apc 4-5 (o sólo a los de Apc 5), aunque no todos provienen de ángeles, sino también de los veinticuatro ancianos y de los cuatro «seres vivos» y también de «todas las criaturas», a veces en un único coro (Apc 5,11-14). Entre las voces que también pueden callar cuenta Corsini (p. 237) como probables las «plegarias de los santos» de Apc 5,8; 8,2s; y, como ciertas, el «grito» de las «almas de los asesinados» que piden justicia (6,10).

«È a questo suono molteplice e multiforme che mette fine il 'silenzio' del settimo sigillo.  
Che cosa può significare questo?» (p. 237).

<sup>6</sup> E. CORSINI, *Apocalisse prima e dopo*, Torino <sup>3</sup>1981, p. 235-239. La primera edición es de 1980.

El silencio es demasiado heterogéneo para poder encontrar en él una significación precisa. Pero el autor descubre un denominador común a todos estos callares. El silencio de las voces que piden justicia significaría que se ha cumplido o se está cumpliendo lo que ellas piden. El callar de las voces angélicas mezcladas con las oraciones de los santos (cf. Apc 5,8; 8,3s) «indica una interruzione che si produce in essa», en la liturgia celeste.

«Un unico e medesimo evento spiega questi due effetti prodotti dal 'silenzio' che si fa in cielo, ed è la morte di Cristo» (p. 237).

La conclusión es por fuerza sorprendente. El autor trata de justificarla también por el contenido amplio de todo Apc. Que en la muerte de Cristo se cumple el juicio de Dios, cuyo primer aspecto es precisamente la destrucción de las fuerzas del mal, la venganza de la sangre inocente derramado, lo ha insinuado ya el sexto sello (6,12ss) y lo ilustrará ampliamente el septenario de las copas (Apc 17-20). También la interrupción de la liturgia celeste es un elemento que se relaciona con la muerte de Cristo. Lo muestra el autor acudiendo al acabamiento del culto judío, relacionado con la muerte de Cristo en Mt 27,51; Mc 15,38; Lc 23,45, y también con la liturgia celeste, pues el templo terrestre del culto judío es imitación del modelo del templo celeste según Ex 25,9.40. Todavía más profundamente. La liturgia terrestre, para llegar a Dios, necesitaba la mediación de los ángeles que oficiaban la liturgia celeste (cf. Apc 5,8; 8,3s). El desaparecer de la liturgia celeste implica la desaparición de la mediación angélica. Supuesto todo esto, la duración «como media hora» es, sí, un tiempo breve, pero de duración espiritual, «non misurabile quantitativamente»; es la línea de demarcación entre algo que acaba (el culto antiguo) y algo que comienza (el nuevo culto «en espíritu y verdad» que el sacrificio de Cristo funda y posibilita). Incluso es posible que este dato encierre una alusión bíblica: la división de la última de las siete semanas de Daniel en dos medias semanas (cf. Dn 9,27); en la segunda media semana coloca Dn la profanación del Templo y la prohibición del culto por Antíoco IV, hecho que para Juan era la prefiguración de lo acontecido en la muerte de Cristo: al instigarla los Sumos Sacerdotes habrían profanado definitivamente el Templo y causado con ello el fin del culto judío.

«La 'mezz'ora' di silenzio corrisponde quindi alla durata dell'intervallo tra la morte di Cristo e la sua risurrezione» (p. 238).

Los tres días y medio de Apc 11,11 son media semana y prefiguran también la muerte de Cristo.

El comentario de Apc más reciente que he podido consultar es el de Müller. Dice<sup>7</sup>:

«Mit der Öffnung des letzten der sieben Siegel durch das Lamm sollte eigentlich die Buchrolle freigelegt und ihr Inhalt endgültig vollstreckt sein. Doch ereignete sich schon bei der Öffnung des sechsten Siegels (6,12-17) die proleptisch geschauten Gerichtsepiphanie Gottes. Die Öffnung des siebten Siegels bewirkt kein Ereignis, das den früheren Siegelvisionen vergleichbar wäre [...]. Doch markiert diese Öffnung als der Abschluss der Siegelvisionen vor allem den Übergang zu den Posaunenreihen (8,2-11,19). [...]

Umstritten ist die Bedeutung des halbstündigen Schweigens im Himmel (Bousset: 'die bange Erwartung des Kommenden'). Eine andere Erklärungsweise geht davon aus, dass beim siebten Siegel als Abschluss der ganzen Reihe eine Darstellung des Eschaton zu erwarten gewesen wäre (Rissi). Zum Uranfang vor der Schöpfung gehört die totale Stille (4Esr 6,39; SyrBar 3,7; PsPhilo LibAnt 60,2)-in Entsprechung dazu auch zur eschatologischen Neuschöpfung: 'Dann wird sich die Welt zum Schweigen der Urzeit wandeln...' (4Esr 7,30f.). Die Stille hätte also ihren ursprünglichen Ort in der Erwartung gehabt, dass vor Eintritt des Eschaton ein Schweigen wie vor der Schöpfung herrscht. Im jetzigen Zusammenhang würde dieses Motiv allerdings nur den Übergang zur Posaunenreihe kennzeichnen.

Eine andere mögliche Deutung sieht in der Stille ein ursprüngliches Theophanienmotiv (Kraft). Nach dem anfänglichen Entwurf der Siegelvisionen hätte das siebte Siegel die Erscheinung Gottes bringen müssen. Nach dem Vorbild von 1Kön 19,11f. (vgl. Hab 2,20; Sach 2,17) ist die Stille ein die Theophanie vorbereitendes Zeichen, das jedoch in diesem Zusammenhang auf den Beginn der neuen Gerichtereignisse vorbereitet. Das letztere scheint dem Text am ehesten gerecht zu werden.»

## 1.2. REPAROS CRÍTICOS

Y basta ya de muestrear opiniones. Las reseñadas arriba son suficientes para obtener una idea, al menos aproximada, de la situación de la exégesis ante el indescifrable «séptimo sello» de Apc 8,1. Sí conviene examinar brevemente el panorama diseñado, sobre todo desde las preguntas: ¿A qué se puede deber esta incertidumbre? ¿Son convincentes, o al menos plausibles, (algunas de) estas interpretaciones? Y si no lo son, ¿en qué puede ser que fallen?

<sup>7</sup> U. B. MÜLLER, *Die Offenbarung des Johannes* (Ökumenischer Taschenbuchkommentar zum Neuen Testament 19), Gütersloh/Würzburg 1984, p. 184s.

Algunas de ellas ni leen suficientemente el texto y olvidan que el «silencio» ocurre precisamente «en el cielo». Así parece sucederle, por ejemplo, a Läßle, que habla del silencio de las catástrofes naturales (que suceden en la tierra), o a Müller, como a los demás que citan como pasajes paralelos los reseñados de profetas del AT. Es correcto que a falta de paralelos en el mismo Apc se recurra a paralelos en el AT. Pero en los que en este caso se citan en concreto, el silencio se produce en la tierra, en el mundo, entre los hombres. No hay, pues, un paralelismo completo y exacto, por más que los textos citados sean cercanos a la apocalíptica. De estos paralelos no se puede decir otra cosa para nuestro caso que la posibilidad en la literatura apocalíptica de que un silencio prepare una teofanía que necesariamente sucederá en la tierra o para hombres que estén en la tierra. Si esa posibilidad se presenta como realidad en Apc 8,1, habría que demostrarlo, dado que la teofanía real no consta en 8,1. Una demostración que en este caso concreto no parece sencilla. ¿Cómo se expresa en el texto Apc 8,1 que el silencio prepara de hecho la teofanía? ¿Dónde se produce esa teofanía en Apc, incluso ampliando la noción de «teofanía» a la Parusía? Cabría pensar que la teofanía está elíptica en Apc 8,1, o que en una «fuente» de Apc 8,1 estaba explícita en el contexto inmediato, pero ha desaparecido en el texto actual (con lo que en éste o ha cambiado la función del silencio o se ha reducido a nada), o que se trata de una teofanía (¿o de todas?), o de una representación de la Parusía de las que siguen más adelante en Apc (por cierto bastante alejadas en el contexto), ya se entienda que el séptimo elemento del septeto de los siete sellos concluye con 8,1 o se tome como séptimo sello (séptimo elemento del septeto de los siete sellos) todo o gran parte de lo que sigue en Apc. Pero ¿en qué teofanía de Apc marca el texto la correlación «preparación»-«realización de la teofanía», refiriendo la preparación a 8,1? Dada la entidad propia de cada elemento de los septetos y la autonomía de cada septeto, de las que se hablará más abajo, es difícil comprender tanto que un elemento de un septeto quede reducido a una elipsis o a una mera preparación como que se encuentre la preparación en un septeto y la realización en otro, sobre todo si ambos están bastante alejados, y más aún si la correlación entre ambos no se marca en el texto explícitamente. Por lo demás, en ninguna de estas hipótesis es fácil explicar el dato de la «media hora» de duración del silencio, explicación que pasa por alto, por ejemplo, Müller.

Otros autores (cf. arriba de Charles, Lohmeyer y Loisy) aducen un paralelo rabínico que, en cuanto tal, se aleja más del ambiente apocalíptico, aunque por lo menos guarda con el séptimo sello la semejanza

de que el silencio ocurre en el cielo. Pero el paralelismo global es más bien muy lejano, casi inexistente: el cuadro y la concepción son totalmente distintos. En Apc 4-5, por ejemplo, las alabanzas de los cuatro seres vivos no se interrumpen de día ni de noche (Apc 4,8), lo cual ya está en contradicción con el texto rabínico citado, y, además, a ellas se unen las de los ángeles y los ancianos (4,10s) y, ante el Cordero, cantan en varios coros sucesivos los vivientes y los ancianos (5,8-10), los ángeles (5,11s) y toda la creación (5,13s) con ellos conjuntamente. Estas escenas son difícilmente compatibles con los turnos de día y de noche del texto rabínico. Además, el silencio de 8,1 dura sólo media hora, no un día entero, y no se repite cada día. Tampoco está demostrado —a veces ni siquiera se plantea, con la notable excepción de Corsini, quién o qué calla en el cielo— que el silencio del séptimo sello tenga que ser de los ángeles o de ellos solos. Ni se trata en el pasaje rabínico citado de las oraciones de los santos, sino de la «alabanza de Israel», como un coro que alterna con el de los ángeles, por consiguiente sin otro silencio que el de un coro en el cielo para que se escuche en el cielo otro coro que canta en la tierra y se oye en el cielo. Por otro lado, los cantos de Apc 4-5, más bien que alabanza sin más, son ante todo proclamación (cf. *infra*). Del citado texto paralelo se puede aplicar a Apc 8,1 a lo más que un silencio en el cielo puede servir para escuchar algo distinto de lo que se estaba oyendo. Que este «algo» sean las oraciones de los fieles, no es fácil verlo sin más en 8,1; como tampoco que las oraciones de los santos merezcan atención sólo media hora, porque más bien (cf. citas más abajo) son escuchadas continuamente. Para escuchar las oraciones de los santos tal como esta escucha (que parece continua) y estas oraciones están expresadas en 8,3s y en 5,8 (aquí precisamente en medio de cantos en el cielo, no de silencio), no sería necesario que calle nadie en el cielo. Tampoco se dice explícitamente que se haga silencio en el cielo para que sea escuchada la oración de 6,10s (si es que es oración). Y no sería difícil ver inmediatamente antes de 8,1, en 7,16s, que ya han sido escuchadas las oraciones de los santos, si es que piden lo que ahí parece haberseles concedido y suponiendo que hay continuidad narrativa de un elemento a otro dentro del mismo septenario, lo que no me parece fácil de admitir mientras no haya datos más explícitos a favor. ¿Y por qué el silencio en el cielo va a funcionar lo mismo en el texto judío citado y en Apc? No hay más razón, al parecer, que el hecho de que éste es el único texto semejante (¿hasta qué punto semejante?) que parece poder explicar el silencio de Apc 8,1. Explicar un texto (aquí Apc) por otro (tan) ajeno, y no, ante todo, por las relaciones semánticas intratextuales en toda la obra, es realmente un grave

desconocimiento de la autonomía y de la naturaleza semánticas de lo que se llama «texto», entendido como la obra entera. Por tanto, un recurso exegético *in extremis*. Los textos paralelos que cita Müller de la literatura apocalíptica —más cercanos, por tanto, en cuanto tales a Apc— tampoco se refieren, al parecer, a un silencio en el cielo, sino en el mundo, en la creación, en la tierra. De ellos se puede decir algo análogo a lo dicho antes de las citas del texto del AT. Corsini, como ya notamos, se preocupa al menos de recurrir al conjunto de la obra Apc, aunque quizá ejerciendo un excesivo concordismo con textos de fuera de Apc.

Otra de las raíces de la dificultad puede consistir en que se lee el texto con prejuicios apriorísticos. En el pasaje arriba citado de Müller (también en las opiniones que él recoge de otros autores) aparece a veces un «modo irreal» que expresa lo que «debería haber dicho» Apc, cuando todo análisis de un texto debe partir de lo que el texto dice de hecho. Esta actitud encierra una confesión de imposibilidad de entender el pasaje y lo substituye por otro texto más claro, pero hipotético.

Tales prejuicios apriorísticos funcionan principalmente en dos niveles distintos. Uno de ellos tiene que ver con la concepción temática de Apc. De este tipo de prejuicios se pueden encontrar al menos dos casos en los autores arriba citados. El primero es lo que se llama tradicionalmente la «interpretación escatológica», la cual lee Apc buscando en él casi exclusivamente una descripción del fin del mundo (Juicio Final, Parusía...) y de los acontecimientos precursores del fin. En esta perspectiva (de la que Corsini se distancia drásticamente), el final de este septenario, el séptimo sello, tendría que representar el Fin. Así parecen pensar Allo y Bousset (citados arriba por Vanni). Desde esta perspectiva explican algunos autores el silencio como una espera angustiosa, sin más apoyos exegéticos o textuales que un puro impresionismo.

Algo semejante creo percibir en algunas de las frases citadas arriba de Müller, sea en sus propias palabras, sea en las que él cita de otros autores. Esta óptica lleva a leer (cf. *ibidem*) en Apc 6,12-17 (el sello sexto) una epifanía de Dios para el Juicio (final) contemplada «prolépticamente». Lo que a juicio del intérprete está situado antes del lugar que le correspondería, es proléptico: una escapatoria demasiado fácil que, acaso, también lee Apc desde otros textos, desde la literatura apocalíptica sobre todo, pero no desde el mismo Apc. El mismo proceder conduce a ver en el silencio de Apc 8,1 el fin de la Historia y el comienzo de la Eternidad, ¡que dura sólo media hora! (cf. arriba Corsini, citando en bloque a muchos autores modernos y antiguos).

Tal concepción escatológica de Apc tiene su más fuerte fundamentación intratextual (la extratextual sería el género apocalíptico; pero las características temáticas de la literatura apocalíptica no son transferibles sin más a Apc, que en la mayoría de sus elementos temáticos, si no en todos, no es estrictamente apocalíptico) en unas pocas frases, dispersas principalmente por el principio y el final del libro, las cuales sugieren que todo va a suceder muy pronto o inmediatamente a continuación del momento presente. Tales textos son, en primer lugar, Apc 1,1.19; 4,1. En ellos no parece que se hable explícita y claramente del fin del mundo, sino más bien de todo lo que van a representar las visiones de Apc, de las cuales ni dice Apc que precedan inmediatamente al fin del mundo ni se pueden colocar, por lo que dicen en sí mismas, sin más y *a priori*, en el fin del mundo o poco antes todas en bloque. Además, se trata de frases tomadas de Dn 2,28s.45, suprimiendo incluso las palabras más «escatológicas» de Dn 2,28 «al final de los días». En segundo lugar tenemos los pasajes Apc 2,5.16; 3,11; 22,6s.12, en los que se promete o se espera la venida próxima de Cristo. Naturalmente que en las condiciones de tribulación del lector apocalíptico el consuelo decisivo sería el anuncio de la inmediata venida de Cristo con el consiguiente Juicio y el fin del mundo. Con eso prácticamente bastaría. Pero no parece que sea esa la orientación principal de Apc. Ni necesitaría entonces Apc todo el aparato de sus visiones (de las que la mayoría no se refiere a la venida de Jesús ni es cómodamente situable al fin del mundo). Aparte de que esa venida, a la luz del conjunto de Apc (y muy claramente en 2,5.16) no parece referirse siempre necesariamente a la Parusía. Las frases referidas a «lo que va a suceder pronto», por lo dicho y por todo el conjunto de Apc, aparte de que no parecen dar pie para pensar que ese «pronto» sea el Fin (en contra tendrían otros pasajes de Apc que parecen suponer una duración, más o menos larga hasta el fin), producen la impresión de clisés tradicionales del lenguaje apocalíptico sin más función que aseverar, como marcas enfáticas, la seguridad de lo que significan las visiones, su veracidad, como si quisieran expresar lo que está sucediendo ya, aunque no lo parezca, desde la exaltación de Cristo tal como ella se condensa en Apc 4-5.

Dentro de los prejuicios apriorísticos temáticos se puede registrar, en segundo lugar, el de Corsini, quien lee todo Apc a la luz, no de la segunda venida de Cristo, sino de la primera, especialmente desde su muerte y resurrección, lo que le lleva, en el caso de 8,1, a buscar un tanto alambicadamente argumentos que expliquen el séptimo sello como significador de la muerte y resurrección de Cristo. Es verdad que Apc habla de la muerte y/o resurrección de Cristo (v.gr. en 1,18; 5,9.12;

7,14...); es más: pienso que la muerte de Cristo, o al menos y sobre todo su resurrección y consiguiente exaltación como rey, son la base fundamental de todo el Apc como presupuesto continuo más o menos expreso o tácito. Pero ello no obliga a utilizarlas como solución mágica en los pasajes oscuros.

Otro nivel de prejuicios apriorísticos podría ser el de una concepción de la construcción «literaria» del texto, no basada en el estudio atento y detallado de todos sus elementos y de las relaciones semánticas entre todos ellos. Así, basado, en este punto acertadamente, en el «estilo» de la literatura apocalíptica, espera Läßle en el último elemento de los siete sellos un «fortissimo» que no viene, mientras que, en cambio, no sucede nada. ¿No se podría deducir del mismo fundamento que el silencio tendría que ser algo muy importante y no sólo una «pausa»? Por cierto que acerca de esa pausa cabe plantear algunas cuestiones. ¿Qué tiempo se para en esa pausa? ¿El de lo que sucede en 7,9-17? ¿El tiempo en el que discurren las visiones, es decir, es el vidente quien vive la pausa: acaba de oír Apc 7,17 y transcurre media hora hasta que tiene la visión de 8,2ss? ¿Podrá ser nada menos que el séptimo elemento de un septenario una mera pausa? Más bien la pausa se esperaría después del séptimo sello, puesto que el séptimo sello es una unidad distinta y del mismo rango (o de mayor) que las unidades precedentes de los otros sellos y de las escenas intermedias, o se debería al menos esperar que lo fuera; por lo demás, en el resto de Apc el vidente contempla sin pausa sus visiones. Parece, en todo el conjunto de Apc, que un elemento de un septenario tiene que tener una entidad propia y no reducirse a una mera pausa o a una transición de un septeto a otro (cf. *infra*).

Ciertamente se podría entender el silencio, dentro del contexto circundante de 8,1, como una pausa de sonidos o voces en el cielo que cesan de repente y se reanudan transcurrida la media hora (aunque sea en forma de otra clase de sonido). Por ejemplo, de esta forma: transcurre una media hora entre los últimos sonidos producidos en el cielo (los de 7,10-12 —la alabanza de los ángeles— o de 7,13-17, o todo el conjunto de palabras de 7,10-17) y un comienzo de nuevos sonidos o voces en el cielo (que no parece haber en 8,2-6, pasaje que más bien presentaría las «oraciones de los santos»: 8,3s) como la primera trompeta o la secuencia de trompetas de 8,7 en adelante... Otros sonidos en el cielo no aparecen en el texto hasta 9,13 (el «cenit» de 8,13 está en «otro cielo»; el ángel de 10,1ss baja del cielo, pero, cuando habla, posa sus pies sobre la tierra y el mar: 10,2) o 10,4. Pero lo que ha pasado entre 8,1 y 9,13 ó 10,4 no parece que quiera decir el texto que haya sucedido en la media hora de silencio, o que el vidente haya tardado media

hora en verlo... Yo no puedo admitir esta comprensión del texto en secuencia narrativa, que trasciende varios elementos y de varios septetos, si he de ser consecuente con lo que ya he insinuado y desarrollaré más abajo acerca de la naturaleza de los septetos y de sus elementos. Y además por las dificultades de otro tipo que acabo de sugerir acerca de esta lectura.

Por lo demás, hacen bien Läßple y Corsini en atender a la marcha de cada septeto. Lo que sería más discutible es la aplicación del principio en cada caso concreto. Por otro lado, Läßple llega a decir que el silencio «sorprende a todos los participantes» (con lo que de alguna manera responde a las preguntas que le planteamos arriba), siendo así que en el septenario de 8,1 no se mencionan ni la sorpresa ni los sorprendidos, sino sólo el Cordero que abre el sello, el «silencio» y el «cielo». ¿Es lícito trasponer a 8,1 los personajes de Apc 7, o los de Apc 4-5 (mientras el texto no los haga presentes expresamente de alguna manera, como hace presente al Cordero), que pertenecen a otras unidades y a otra «acción», ya acabada por cierto, por lo menos en el caso de los de Apc 7?

## 2.0. OTRA EXPLICACIÓN

Ante esta situación de desconcierto de la exégesis, podría parecer una osadía cualquier intento de buscar una explicación satisfactoria del enigma del séptimo sello. Voy a abordar la tarea, a pesar de todo, en la convicción de poder señalar una solución, si no plenamente satisfactoria para todos, sí, al menos a mi entender, mejor fundada que las presentadas arriba de otros autores. Algunos de mis presupuestos metodológicos los he descubierto de pasada en las páginas precedentes.

Pero mi presupuesto fundamental es el siguiente: ya que los paralelos aducidos desde el judaísmo, la apocalíptica y el AT no parecen propiamente pertinentes, como creo que queda demostrado arriba, y aunque lo fueran, busquémoslos antes de nada en el propio Apc, ya que ahí es donde se debiera comenzar en cualquier caso. ¿Los hay? Parece que nadie los ha encontrado. Posiblemente no existen en Apc paralelos de 8,1 en el sentido convencional del término en la exégesis. Pero Apc 8,1 sí tiene en todo Apc paralelos *por contraste*; expresado en terminología estructural: hay en Apc elementos o complejos semánticos que *están en oposición* con el «silencio en el cielo»: las «voces» en el «cielo». El silencio en el cielo significará la falta de esas voces: de la comunicación de lo que esas voces hablan en cuanto hecho o en cuanto

contenido o en cuanto hecho con su contenido. Pero antes de explicar más detalladamente estos extremos, puede ser útil esclarecer algunos otros puntos.

## 2.1. LA «MEDIA HORA»

La duración de *media hora*, en el reloj de Apc, donde algunas duraciones se miden «por los siglos de los siglos» y donde la derrota de los dos testigos de Dios, para señalar su brevedad, se mide como «tres días y medio» (Apc 11,9.11), en principio no puede ser sino una duración muy breve: el silencio dura muy poco tiempo, casi un tiempo mínimo. Acaso se podría concretar esto algo más. La media hora sería un tiempo breve para magnitudes calificables como «malas» para los lectores implícitos y para el texto de Apc, tales como el triunfo del mal (en 20,2s Satán es atado «mil años» y soltado «un poco de tiempo»), las tribulaciones de los buenos (cf. 6,11), un castigo de los malos... En Apc 17 los crímenes de «Babilonia» parecen haber durado largo tiempo, pero su castigo, aunque llega «en una hora» en 18,10.17.17, dura ya para siempre según 18,14.21-23; 19,3. El castigo definitivo de los malos dura eternamente (20,10), como el premio definitivo de los buenos (22,5). En 17,12 los «reyes» tendrán poder con «la Bestia» sólo «una hora». El diablo dispone de «poco tiempo» para actuar en la tierra (12,12)...

## 2.2. EL «SILENCIO»

Acerca del *silencio* mismo es preciso preguntarse quién o qué calla (el sujeto del silencio) y qué es lo callado o acerca de qué se calla (el objeto del silencio), en el caso de que esto exista. Porque también hay que preguntarse si el silencio es de ruidos, como por ejemplo los truenos que a veces se oyen en Apc (los terremotos difícilmente sucederían en el cielo), o de «voces» humanas o antropomorfas (los alemanes traducen con *Schweigen* o con *Stille* o con *Stillschweigen*...). A juzgar por los diccionarios, el vocablo griego utilizado para este silencio (σιγή) y su «sinónimo» σιωπή, como los verbos correspondientes, parecen utilizarse preferentemente de silencio de hablar. Y así sucede en el NT con σιγή y σιγάω siempre (excepto acaso el pasaje que estamos discutiendo), y con σιωπάω (cuyo sustantivo no utiliza el NT), excepto en Mc 4,39. No parece que del vocabulario griego pueda concluirse más que una pequeña probabilidad. Hay que preguntarse, además, si se trata de un

silencio «ingresivo» (la interrupción de un sonido que se está ya produciendo) o simplemente de que continúa un silencio ya iniciado, y, sobre todo, si el silencio es, en la terminología tradicional, meramente «negativo» (la mera ausencia de sonidos) o es «privativo» (la falta de un sonido o voz que habría algún fundamento o derecho para esperar o exigir que se produjeran). Espero que estas preguntas queden respondidas al final de este trabajo.

### 2.3. EL «CIELO»

En él me parece de importancia capital la pregunta *qué (o quién) es «el cielo»* en Apc. Creo que para nuestro objetivo no será necesario examinar otro vocabulario, si es que lo hubiera, que implique o suponga o en cualquier manera pueda equivaler a «cielo», sino que nos bastará limitarnos al uso de la palabra *οὐρανός* en Apc, la que Apc utiliza en 8,1. Ahora bien, esta palabra se usa en Apc con varios significados o «acepciones» distintas por lo menos en algún rasgo semántico o sema contextual o nuclear, o en alguna connotación... Podemos contabilizar las siguientes:

a) El «cielo» astronómico, físico, cosmológico, metereológico... (como cuando el AT contrapone «el cielo y la tierra»):

- es el firmamento: 6,14 (el vidente está en «el cielo» desde 4,1 y en 6,14 ve desaparecer el «cielo» sin que esa desaparición perturbe el curso de sus visiones «en el cielo»); 14,7; 20,11...
- está muy alto visto desde la tierra: 18,5; cf. 10,5.
- en él están las estrellas: 6,13; 8,10; 9,1; 12,4...
- es parte del universo creado por Dios: 5,3,13; 10,6; 14,7...
- de él baja la lluvia, el granizo, fuego...: 11,6; 13,13; 16,21; 20,9, etc.

Este cielo (y la tierra) será destruido y substituido por uno nuevo (con toda la creación): 21,1; cf. 6,14; 20,11...

b) Hay en Apc otro «cielo», no el físico, no el de la lluvia o las estrellas, no el de la «naturaleza», sino «sobrenatural», «teológico», «apocalíptico»... o como se prefiera denominarlo. La determinación precisa de este cielo es problemática en cuanto que la palabra «cielo» en este sentido cumple por lo menos las tres funciones que enumeramos más abajo (acaso reducibles a dos o a una). ¿Es el mismo «cielo» el de las tres funciones? No se pregunta aquí por una identidad real, *objetiva*, extratextual, sino si *para Apc* es el mismo lugar «cielo» el lugar

donde se oyen «voces» (o se hace silencio), el lugar donde está Dios y el lugar en que o desde el que el vidente contempla las visiones (u oye las voces que se le dirigen o que suenan). Parece casi evidente, *a priori*, que el cielo de las visiones y el de las voces son el mismo para Apc, pues las voces son como visiones o parte de ellas. Menos evidente parecería la identidad del cielo como lugar de las visiones y el cielo como el lugar de Dios. Es imposible trazar un plano del cielo de Dios situando en él todos los personajes o «cosas» que son objeto de las visiones (menos difícil acaso para Apc 4-5 y algún pasaje más). Pero sería más difícil aún colocar en ese plano al vidente. Parece como si Apc lo situara allí para «ver» y no para «estar». Aunque, desde que el vidente, a través de una puerta (Apc (4,1), sube al cielo para ver, no se encuentra en Apc afirmación *expresa* de que abandone su puesto de observación, hay que tener en cuenta que la subida al cielo resulta ser ἐγγενομῆ ἐν πνεύματι (4,2), la misma expresión por cierto que Apc utiliza en 1,10 sin mencionar explícitamente una subida al cielo; y que desde allí contempla, no sólo lo que acontece en el cielo, sino también algo que sucede en la tierra (v. gr. en 6,15-17; en 8,7-12 ve a los ángeles tocar las trompetas en el cielo, pero lo que sucede con cada toque de trompeta lo ve el vidente realizarse en la tierra; en 17,3 va al desierto, al parecer en la tierra, pero también va «en espíritu»; cf. también Apc 16; 18), aunque es verdad que, por otro lado, según conviene para el dramatismo o para encarecer la veracidad de las visiones, a veces le dirigen la palabra personajes del cielo (de Dios): alguno de los veinticuatro ancianos (7,13s), o algún ángel o voz (10,8s; 11,1; 14,13; 17,7,15), o incluso el mismo Dios (21,15s); cf 22,6-11: el que habla parece ser el mismo ángel que habla, muestra, se identifica en 21,9,15; 22,1,8,10. Estando así en el cielo, sube a una montaña que parece terrestre (21,10ss) y desde ella ve bajar del cielo (el de Dios sin duda) a la ciudad de Jerusalén; o vuelve a ver el cielo abierto y lo que pasa allí lo ve a través de la abertura, como si no estuviese en el mismo cielo: cf. 19,11 y acaso 20,1; o se entera de lo que pasa en la tierra (12,13-13,18). La situación del vidente cambia según cambia el punto de vista necesario para cada visión (¿dónde ve, en el universo real o apocalíptico, el monte Sión en 14,1?). El «cielo» de las visiones parece ser el lugar de las visiones y audiciones, un recurso apocalíptico, el lugar para ver lo divino y poderlo escribir como testimonio autorizado ocular y auricular, sin más implicaciones, con suma imprecisión y anarquía. Y así, al final no interesa si el vidente baja del cielo ni cuándo. Pero sea de ello lo que sea, en el uso de la palabra «cielo» en este sentido del cielo no natural sino apocalíptico parece que Apc distingue tres funciones:

1. El cielo donde está Dios, su trono, el Cordero, sus adictos, lo relacionado con Dios, que es «el Dios del cielo» (11,13; 16,11): cf. 4,1-5,14; 11,19; 13,6... De este cielo bajan:
  - ángeles que revelan algo al vidente o que actúan en cuadros revelados: 10,1; 14,17; 18,1; 20,1...
  - la «nueva Jerusalén»: 3,12; 21,2.10.
 Allá suben algunos personajes (11,12) y de allí son expulsados otros (12,7-9).
2. El cielo de las visiones (cf. *supra*): cf. Apc 4,1s; 12,1,3; 15,1...
3. El cielo en el que o del que se oyen «voces», que habla (o se alegra: 12,12; 18,20): Apc 11,15; 12,10, casi con la misma frase que en Apc 8,1. Cf. Apc

8,1	ἐγένετο	σιγή	ἐν τῷ οὐρανῷ
11,15	ἐγένοντο	φωναὶ μεγάλαι	ἐν τῷ οὐρανῷ
12,10	ἤκουσα	φωνήν μεγάλην	ἐν τῷ οὐρανῷ

A estos pasajes se asemejan:

14,2	ἤκουσα	φωνήν	ἐκ τοῦ οὐρανοῦ
18,4	ἤκουσα	ἄλλην φωνήν	ἐκ τοῦ οὐρανοῦ
19,1	ἤκουσα	ὡς φωνήν μεγάλην ὄχλου πολλοῦ	ἐν τῷ οὐρανῷ

De todos estos pasajes del n.º 3 sólo en 19,1 se especifica el remitente de la voz (una gran multitud). En los demás casos se dice genéricamente que las voces o la voz (el singular y el plural no parecen marcar diferencias relevantes en los contextos respectivos) se producen en el cielo o se oyen como venidas desde el cielo, diferencia tampoco relevante, porque si las voces/la voz proviene(n) del cielo, es que se producen en el cielo, y el oyente/vidente puede explicitar un aspecto u otro. Tampoco parece relevante la diferencia entre «se produjeron» y «oí»: si se produjeron las voces/la voz y el oyente/vidente lo narra, en el contexto de todo Apc es que las oyó, y viceversa. En último término bastaría el texto 11,15 para poder pensar con fundamento que *el cielo que grita en 11,15 es el que calla en 8,1*. Y probablemente se puede afirmar lo mismo de los demás pasajes citados arriba como semejantes o «paralelos». Para completar el estudio de este «paralelismo» habría que comparar, además, lo que las voces dicen en los diversos textos. Pero quede esto para más adelante.

## 2.4. EL HABLAR DEL CIELO

Por ahora es preciso aclarar la cuestión: ¿Quién, en todo Apc, habla o canta o produce voces localizadas explícita o implícitamente «en el cielo»? En el cielo de Apc [en su acepción de arriba b)] se pueden constatar múltiples sujetos hablantes. Suponiendo y concediendo la posibilidad de que en mi lectura se me haya pasado algún dato, he registrado los siguientes, dentro de los cuales señalo con asterisco (\*) los pasajes en los que lo que ellos dicen es temáticamente idéntico o semejante a lo que se dice en 11,16-18 u 11,15-18, y con paréntesis, aquéllos en los que no aparece totalmente claro que ello suceda en el cielo:

1. El «sentado en el trono» de 4,2 en Apc \*21,5-8. Cf. *infra* nn. 9 y 12.
2. El Cordero de 5,6 nunca habla como tal; como «Jesús» habla en 22,10-16(?).20a, ya acabadas las visiones en el cielo y fuera del marco propio de las visiones, como todo lo que se dice en 22,6-21, pasaje que no tenemos aquí en cuenta por su carácter peculiar y por ser difícilmente localizable en el cielo y no de fácil atribución en ciertas frases a locutores determinados. El personaje que habla en Apc 1,17-3,22, presentado con evidentes rasgos de ser Cristo en 1,13-16, no parece que se sitúe en el cielo ni en ningún lugar explícito, aunque sería lo más probable que Apc piense que está en el cielo por lo dicho arriba de la situación del vidente en el cielo con la misma frase en 4,2 que en 1,10.
3. Los «veinticuatro ancianos» (de 4,4) en \*4,10s; \*5,9s; \*11,16-18; 19,4 sólo uno de ellos en 5,5; 7,13-17.
4. Los «cuatro seres vivos» (de 4,6-8) en \*4,8; \*5,9s; 5,14; 6,1.3.5.7; 19,4.
5. Ángeles: 5,2; \*5,11s; 7,2s; \*7,11s; (\*14,6-12); 14,15.18; 17,1s; \*17,7-18; 18,1-3; (18,21-24); (19,17s); 21,9. De 22,6-21 cf. abajo n. 17. De 19,9s cf. 22,8s: parece tratarse de un ángel.
6. (Toda la creación: \*5,13; parece que en el cielo «físico»: cf. 5,3; pero se une a un coro que canta en el «cielo de Dios».)
7. El altar, que no aparece en la «corte celestial» de Apc 4-5, pero sí más tarde en 6,9; 8,3.5; 9,13; 11,1; 14,18; 16,7, habla (u otros en él o en relación local con él) en \*6,9s («los asesinados por la palabra...»); 9,13s; \*16,7. Los ángeles que hablan en alguna relación local con el altar se adujeron en el n.º 5.
8. Una muchedumbre (cf. 7,9) o un grupo numeroso, ante el trono, el Cordero, en el cielo... (cf. también n.º 10 abajo): \*7,9s; \*15,2.4 (en el cielo: cf. 15,1-5 y 4,6); \*19,1-3; \*19,6-8.

9. El templo (cf. 7,15; 11,1.19 —con el altar y con el arca de la alianza respectivamente—; 14,15.17; 15,5s): en 16,1.17. El arca no habla en Apc. Tampoco el templo; pero de él salen voces, que en 16,17 proceden también del trono (cf. arriba nn. 1 y 2).
10. Los 144.000 de 14,1-4 en 14,2s. Cf. nn. 8 y 16.
11. (El «ángel de las aguas»: \*16,5s. Aunque pertenece al cielo, al menos indirectamente, no se explicita que hable *en* el cielo; más bien parece estar situado junto a las aguas. Por eso se menciona aquí entre paréntesis.)
12. El trono (cf. n. 9): 16,17 (en relación con el templo); 19,5; 21,3s.
13. (El jinete de 19,11-16: aunque su nombre es «la palabra de Dios» y «Rey de reyes y Señor de los señores» —19,16 y 19,13—, no profiere ninguna voz, no habla; cf. n. 2. Por eso se cita aquí, entre paréntesis, sólo para completar lo dicho en el n. 2.)
14. Las «almas (ψυχαι) de los degollados por causa de la palabra»: \*6,9s. Cf. n. 7.
15. Voz/voces anónimas (sin mencionar el sujeto que habla; no son anónimas, aunque se emplea la palabra «voz»..., v.gr. en 5,2.11s; 14,2-4; 19,1...):  
voz: 4,1 (cf. 1,10.12); 6,6; 10,4.8; 11,12; \*12,10-12; 14,13; \*18,4-8.  
voces: \*11,15 (se refieren a «truenos» en 8,5; 11,19; 16,18: cf. 6,1; 10,3...).
16. Uso de la pasiva impersonal o del plural impersonal (ambos «divinos»): 6,11; (9,4); 10,11; 11,1ss... Otros giros más o menos semejantes, en los que no se especifica quién habla o ni siquiera el acto de hablar (sino el oír o el contenido de lo que se oye...): (7,4); 16,15 (¿Dios o Cristo? ¿o una cita hecha por el texto mismo: cf. n. 17? ¿desde el cielo?); \*18,20 (lo mismo, o el vidente, o algún personaje del cielo...); (22,12-15: en 22,20 es Jesús quien repite algunas frases semejantes, pero más se asemejan las palabras dichas por Dios en 21,6; 1,8; cf. también 2,8...); cf. 14,2s.
17. El vidente (en cuanto que estando en el cielo de las visiones habla con personajes que están en el cielo de Dios): 7,14.  
Desde 22,6 o, por lo menos, desde 22,7, ya es probablemente imposible seguir pensando que el vidente siga en el cielo suyo y dialogue con personajes del cielo de Dios en este mismo cielo, por más que el sujeto del «dijo» de 22,6 pueda ser el mismo que en 22,1 «mostró», el que habla en 21,15 y 21,9 (un ángel: cf. arriba n. 5); pero en estos casos el vidente «adora» y no habla. Es el mismo que en 17,1.7.15 (u otro de los siete ángeles portadores de las siete co-

pas de 15,1.6). En 22,7 las palabras dichas son más propias de Dios o de Cristo, como las (semejantes en parte) de 22,12s (cf. «para-  
lelos» de 21,6; 1,8). En todo caso quedan fuera de las visiones/  
audiciones de los siete septenarios, por lo que caen prácticamente  
fuera de nuestro interés.

En «el cielo» hablan, pues, muchos personajes. El problema, por  
tanto, reside en precisar cuáles de ellos hablan o cantan (o callan)  
cuando en el cielo resuenan voces anónimas (o se produce el silencio).  
O, lo que viene a ser lo mismo, identificar el sujeto de las voces del  
número 15, descubrir su anonimato. Aunque no impensable, sí es inver-  
rosímil que el sujeto que calla en 8,1 sea otro diverso de alguno(s) de  
los que hablan o producen voces o cantos en el cielo. Los giros imper-  
sonales del número 16 suponen un sujeto divino, pero no necesitan en-  
trar en nuestra consideración porque, por lo mismo, ya están identifi-  
cados y porque; además, lo que dicen es más bien de menor relevancia  
para el caso en Apc.

Se podría pensar, obviamente, que las voces/voz en el cielo provie-  
ne(n) de los que más hablan allí según la lista registrada arriba; por lo  
menos de los que más hablan cuando el contenido de lo que dicen po-  
dría ser más significativo y más semejante al de lo que dicen las anó-  
nimas voces en el cielo. Muchas veces lo que algunos de estos persona-  
jes del cielo dicen no contiene un mensaje especial, sino que es algo  
que meramente pertenece a una visión como elemento secundario refe-  
rido a la acción narrativa de la visión: cf. 6,1.3.5.7 (uno de los cuatro  
vivientes); 14,15.18 (ángeles)... En cambio, otras veces las palabras de  
estos personajes son más trascendentales en el mensaje apocalíptico  
explícito para los lectores (entre ellos, los pasajes registrados con aste-  
risco arriba; sobre esta distinción volveremos más abajo). Descartados,  
por razones obvias, «el sentado en el trono» y «el Cordero» (aunque  
hablan algo, no parece que Apc los haga hablar anónimamente fuera  
de Apc 22), quedarían los veinticuatro ancianos, los cuatro vivientes  
o seres vivos y los ángeles; acaso se pudieran añadir algunos grupos  
más de portavoces del «cielo», como los de los números 8 y 10... Pero  
entonces ¿por qué el texto no los especificaría como hablantes unas  
veces, pero otras sí? Podría responderse que ya se entiende, a la altura  
de Apc 11,15 por ejemplo, quiénes son los que pueden proferir las vo-  
ces: no es necesario mencionarlos individualmente siempre. Esta res-  
puesta, en absoluto, podría bastar, pero no es acaso plenamente satis-  
factoria en nuestro planteamiento. Tal vez lo fuera un poco más afirmar  
que se trata de todos ellos juntos, de todos los que normalmente hablan

en el cielo, al menos de los principales hablantes acerca de ciertos temas... Queda siempre pendiente el interrogante de arriba, por más que concedamos al texto una suma libertad en conceder la palabra a unos u otros o en repartirla por diversos personajes o, por el contrario, en concentrarla en todos ellos a la vez. Libertad que el texto autoriza a concederle si se tienen en cuenta ciertos datos del mismo texto. Así, en 11,15 hablan voces anónimas y en 11,17s continúan el «himno» los veinticuatro ancianos, himno que se remata con una teofanía en el v. 19 (aunque el canto de los ancianos parece respuesta al de las voces, que, por ello, parecen ser de mayor categoría); en 12, 10-12 «canta» sólo una «gran voz»; en 7,10 es una multitud la que «grita», y a ella se unen en 7,11s todos los ángeles; en 4,8 cantan los cuatro seres vivos y responden en 4,11 los veinticuatro ancianos; en 5,9s son los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos los que entonan el himno y lo continúan o repiten los ángeles en 5,11s y toda la creación en 5,13s, himno que culminan en 5,14 los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos con sendas intervenciones orales y gestuales respectivamente. No se descubre un criterio seguro y constante.

Otra explicación podría ser que en las voces del cielo es el mismo cielo quien habla, entendiendo la palabra «cielo» como metonimia, como cuando se dice «plega al Cielo», «el Cielo te proteja»..., donde «cielo» significa su principal morador (que lo es también en Apc), Dios. Así sucede v.gr. en Lc 15,18.21 («pecar contra el Cielo»). Esta metonimia, con su explicación, se encontraría casi explícita en Apc 12,12; 18,20 (el primer l.c. está entre lo que dicen las «voces —grandes— en el cielo»). Sólo que en Apc es difícil que «el cielo» sea una metonimia por «Dios» en algunos de estos casos, porque en Apc Dios suele permanecer majestuosamente mudo (habla por intermediarios). ¿O acaso precisamente por eso? Tampoco, sobre todo porque a veces las voces del cielo hablan de Dios en tercera persona (cf. 12,10-12; 11,15; 19,1-3.6s), o del cielo en segunda persona (12,12), si bien la irregularidad llega a tanto que la voz de 18,4-8 parece ser del mismo Dios, puesto que se dirige a «mi pueblo» (v. 4), aunque luego (v. 5) habla de Dios en tercera persona (aunque en v. 5 «Dios» y en v. 8 «el Señor Dios» en absoluto podrían ser primera persona también, pero no es fácil que lo sean). Parece, pues, que Apc en 18,4 hace hablar directamente a las citas del AT (profetas) y así sólo indirectamente a Dios (fenómeno análogo al que observamos arriba de Apc 22). La anarquía aumenta. Y más si tenemos en cuenta que muchos de los contenidos de las voces hasta cierto punto se repiten en las palabras de otros muchos personajes, como en los pasajes señalados con asterisco en la lista arriba.

Tal vez sea más adecuada otra explicación, fundada en la concepción global de Apc. El destinatario de Apc (el «lector implícito», intratextual) vive en la tierra torturado por falsas apariencias que ponen en cuestión las raíces de su esperanza fundada en su fe cristiana. No ve realizada, cumplida, la justicia de Dios (cf. 6,10s.17; 11,18; 14,7; 15,3s; 16,4-7; 18,20; 19,1s.15.17-21; 20,4-6.11-15; 22,12...), entre otras razones porque prevalece el mal y la idolatría (cf. 9,20s; 13,5-8.11-17; 21,8.27; 22, 11.14s...), porque mientras otros prosperan, él tiene que sufrir discriminaciones (cf. 13,17) o la muerte violenta (cf. 2,13; 6,9; 11,7; 12,11; 13,10; 16,6; 17,6; 18,24; 19,2; 20,4...). Sufre una tentación, lucha, «gran tribulación» (cf. 1,9; 2,2s.9s.13.19; 3,8.10.19; 7,14; 11,7; 12,11s.17; 13,7-9. 12.17; 14,4.12; 17,14; 21,7...) en la que debe esforzarse por lograr una ardua victoria (cf. 2,7.11.17.26; 3,5.12.21; 12,11; 15,2; 21,7...). Está puesta en contingencia (así le parece) la justicia de Dios, su señorío y el de Cristo sobre el mundo (cf. Apc 1,5-8.13-18; 2,8.12.18; 3,7.14; 4,2-11; 5,5-14; 7,10-12; 11,15.17; 12,10; 14,7; 15,3s; 19,6.11-16; 20,4-6.11-15; 21,3-8.22.24; estos ll.cc. insisten en el reinado de Dios y/o de Cristo porque lo exige la situación del lector), porque hay otros reyes y otras fuerzas rivales que parecen anular el poderío de Dios y de Cristo (cf. 13,1-8.11-17; 17,17s; 18,4-8; 19,2). De los poderes de este mundo contrarios a Dios se habla más específicamente acaso en 17,1s.12.18; 18,3; a estos poderes se contraponen el de Dios y/o Cristo y de los cristianos en 19,16; 22,5; 20,6; 5,10; 17,14. El problema de la situación apocalíptica se refleja en 6,10 (con respuesta provisional); 12,8-12.17; 13,15; 15,2-4; 16,6-7; 17,6.14.18 (a quién pertenece el señorío); 19,2.6.19-21; 20,4 (la supremacía de Dios...).

Ante esta situación desesperada de falsas apariencias en la tierra, en el cielo se le revela al lector en situación apocalíptica, se le representa o se le explica, la verdadera situación y las raíces de la «tribulación», «tentación», «lucha»... Se le reafirma en su fe y en su esperanza, fundándolas en último término en el hecho de que Dios sigue realmente siendo el Creador y Señor del universo, su Juez justo, y en la realidad del reinado de Dios y de su Hijo, el Cristo muerto, resucitado y exaltado, el dueño de los destinos del mundo y de la Historia (cf. Apc 5). Porque Apc es todo él revelación y profecía de parte de Dios (cf. 1,1-3; 22,6s.10.18s) y sus palabras, o las dichas en él por Dios o Cristo, y el Dios que lo revela son verdaderos o veraces (cf. 22,6; 1,5; 3,14; 19,9.11; 21,5... Cf. también 6,10; 15,3; 16,7; 3,7.14; 22,20).

Ante las *falsas apariencias en la tierra*, es en el «cielo» donde se revela y se proclama *la verdad*. Y así basta decir que las palabras se profieren «en el cielo» o que provienen «del cielo», sin especificar en concreto quién las pronuncia, y sin que sea necesario indagar, en una men-

talidad demasiado «realista», qué personajes concretos pronuncian las voces. Podrían ser cualesquiera de los principales grupos que hablan en el cielo o algunos de ellos o todos ellos juntos. Lo importante es que esas voces se proclaman «en el cielo». El cielo es quien garantiza su verdad. Y la oposición de los diversos hablantes se neutraliza al denominarlos como «el cielo» del que todos son portavoces. Como se neutraliza también la oposición entre los tres cielos que distinguíamos arriba (no local, sino funcionalmente): el cielo de las voces y el de las visiones (de las que son parte también las voces) está revestido de sus cualidades porque es el cielo de Dios, y por eso se llama también «cielo». En el cielo de Dios, Dios garantiza la veracidad de las visiones, Dios revela su verdad en las visiones y en las voces al vidente transportado en éxtasis allá para recibir, con estas connotaciones de veracidad, la revelación en voces y visiones dondequiera que ellas sucedan. Si suceden en el cielo las voces, ello es signo de veracidad garantizada por el Dios que tiene su trono en el cielo. (Y el vidente sube al cielo para contemplar ante todo las visiones inaugurales en Apc 4-5, visiones del trono de Dios y de su corte majestuosa; las otras visiones y audiciones las recibirá «en espíritu» dondequiera que ellas sucedan, aunque normalmente suceden en un su gran mayoría «en el cielo»).

Todo esto vale, naturalmente, sólo de las voces importantes, aquellas en las que se adensa especialmente el mensaje de Apc para el lector apocalíptico (más o menos las señaladas arriba con asterisco, tanto las voces anónimas como las de personajes concretos). Por lo menos estoy pensando especialmente en ellas. Porque hay en Apc voces que, como se notó arriba, funcionan como partes menos importantes en el conjunto de una visión, ya que sólo dirigen la acción en una escena, o dan órdenes al vidente, o constituyen una visión relativamente menos importante o que es símbolo cifrado de algo que pertenece a partes secundarias o subordinadas del mensaje total de Apc. Tales son, por ejemplo, las de 6,1.3.5.6; 10,4..., voces que, como las de 1,10s; 10,8, dan órdenes al vidente o a otro personaje en orden a la acción de una visión, o para que el vidente pueda ver... Cf. también 14,15.18, etc. Tales voces están subordinadas a la visión como partes de ella. Llamo «voces importantes» a las señaladas con asterisco (o semejantes a ellas) en la lista de arriba, es decir, las que proclaman directamente (y no por medio de visiones alegóricas o simbólicas, aunque también pueden formar parte de una visión o toda una visión) el mensaje global de Apc que responde a la situación de los destinatarios someramente diseñada arriba.

## 2.5. EL SILENCIO DEL CIELO

Si es importante definir lo que es el cielo de Apc 8,1, no lo es menos averiguar lo que estas voces dicen (o callan), *qué se dice o calla en el cielo, de qué es el silencio*. Porque es de presumir que en su silencio el cielo callará acerca de lo que suele decir normal y connaturalmente en Apc.

He destacado arriba el pasaje de Apc 11,15-18 por dos razones convergentes: porque es una voz de las que más explícita y nítidamente proclaman el mensaje apocalíptico (del que acabamos de hablar y que perfilaremos algo más todavía), y porque en alguna manera es paralela (en oposición) a 8,1 en cuanto que estos dos pasajes, 8,1 y 11,15-18, constituyen el último elemento, el séptimo, de dos septenarios contiguos en Apc: el de los siete sellos, el segundo (4,1-8,1), y el de las siete trompetas, el tercero (8,2-11,19), respectivamente, de los que, además, en uno calla el cielo y en el otro habla. Ya simplemente de este dato es casi obvio que lo que el cielo proclama en 11,15-18 será lo que el mismo cielo callará en 8,1. Esta suposición se confirma con cuanto llevo dicho en estas páginas y con lo que voy a exponer todavía en las que faltan. Ante todo porque lo que el cielo dice en 11,15-18 lo dice también, más o menos lo mismo, en otros pasajes en que habla el cielo, los arriba inducidos con asterisco, que forman todos y cada uno de ellos el mensaje del cielo para el lector apocalíptico diseñado arriba, mensaje que está formado con bastante unidad interna.

Estos pasajes aparecen generalmente en forma de «himnos» o «cánticos» (así suelen denominarse). Pero no se han de entender como meros cánticos de alabanza, del tipo de algunos salmos u otros cánticos del AT o del NT, o de meros intermedios litúrgicos no integrados temática y estructuralmente en el libro y de los que el libro podría prescindir sin menoscabo de su integridad o al menos de su totalidad. Son más bien, en el contexto de Apc, proclamaciones de lo que es Dios, de lo que el lector apocalíptico espera de Él y cree de Él que debe ser y debería parecer, aunque el mencionado lector vive bajo la impresión de que por lo menos no lo parece. (El silencio del cielo sería este no parecer).

Merece la pena que nos detengamos a observar más detalladamente estas palabras que se pronuncian o se cantan en el cielo y que hemos destacado de entre las demás como las importantes, como portadoras del mensaje apocalíptico más explícitamente. Todos estos pasajes contienen los mismos rasgos semánticos acerca de Dios o de Cristo, rasgos

que se pueden reducir a un número bastante limitado en una especie de análisis sémico o semiótico (que omitimos, por razones de mayor sencillez, evitando la terminología y el estudio de las «isotopías», «solidaridades léxicas», «campos semánticos» o «léxicos», establecimiento de jerarquizaciones para establecer la isotopía dominante, etc.). Me limito a abstraer en una docena de rasgos más o menos delimitados todo lo que estos textos dicen acerca de aquello de que hablan: de Dios y/o de Cristo. Generalmente dicen lo mismo acerca de estos dos «personajes» (en el sentido de las *dramatis personae* de Apc), pero a veces dicen algo más específico de Cristo, y esto más específico lo consignaré aparte. En esta operación de abstracción advierto que procedo de manera que frases como «ser el alfa y la omega» o «ser el primero y el último» entiendo que pueden calificar a Dios como «rey» y/o «señor» (además de «Dios»); «el que es y era», como «eterno» y como «señor» y «rey» no sometido al tiempo; «el que viene», como el que va a «salvar» o a «juzgar»; «estar sentado en el trono», como ser «rey»; «hacer nuevas las cosas», como «creador» o «re-creador»; etc. Las cualidades que se atribuyen a Dios o a Cristo en 4,11; 5,12s; 7,12..., en el ambiente bíblico, pueden pertenecer tanto a Dios como a un rey. Su puesto todo esto, prescindo casi de ello en la determinación de los «motivos» de estos pasajes, aunque atribuyendo las que indican «fuerza» al motivo «(omni-)potente» o «(todo-)poderoso» y dejando las demás, acaso con alguna excepción, como un motivo (muy indefinido) aparte. Este procedimiento creo que es legítimo; se mostrará además útil, por cuanto limita el número de rasgos semánticos a que se reduce todo el contenido de los textos. Si alguno de los rasgos semánticos (que llamamos también, en este contexto, o podríamos llamar, «ideas» o «motivos») no me parece tan fácilmente identificable o tan explícito en un pasaje, pero sí probable, lo coloco entre paréntesis. Ordeno los «motivos» de mayor a menor frecuencia en los textos considerados, pero sólo aproximadamente, por dejar también algún influjo en la ordenación a las relaciones lógico-semánticas entre ellos. Espero que, con estas advertencias, no resulte difícil al lector averiguar en qué palabras o frases (a veces son versos enteros) de la «superficie del texto» se expresa cada motivo en cada pasaje. Una jerarquización de los motivos no es fácil, ya que casi todos ellos se implican mutuamente. Si tomamos, por ejemplo, el de «juez», fácilmente se aprecia que los demás o lo fundamentan o lo explicitan o lo aplican o lo concretan o deducen consecuencias... Lo mismo se puede decir de otros, como del de «rey», desde luego del de «Dios»... Tal vez el contexto pragmático (la situación para la que habla) nos invitara a colocar el motivo «juez» como el

central. Pero esta decisión no es determinante para nuestro caso. Lo que sí es determinante es que todos los motivos responden a la situación apocalíptica del lector apocalíptico. El cuadro siguiente expone esquemáticamente qué motivos se encuentran en cada uno de los pasajes de que estamos tratando y facilita diversas comparaciones posibles entre motivos y textos. Es esencial insistir en que dichos pasajes se pueden reducir todos ellos en la totalidad de su conjunto a los doce motivos que reseño, de suerte que estos doce motivos resumen todo el conjunto de todos los pasajes considerados y cada pasaje se resume en algunos de los doce motivos. El resumen es, por tanto, exhaustivo: los pasajes citados, en su totalidad, no continen otros motivos que los aquí reseñados por abstracción de sus elementos lógico-semánticos (la abstracción se podría hacer, naturalmente, a mayor o menor profundidad), fuera de casos excepcionales y raros en que en alguno de los textos aparece algún otro motivo ocasional, determinado por el contexto propio del pasaje en cuestión. Añado aún que este cuadro justificará por qué he señalado con asterisco estos textos en la lista mencionada, como explicitadores del que he llamado «el mensaje apocalíptico» que responde a la situación apocalíptica del lector de Apc.

Si estos motivos nos expresan en resumen y coincidentemente todos los pasajes de que tratamos, resumen todo lo que el cielo dice como mensaje para el lector, y entonces nos dirán, de acuerdo con lo que apuntábamos arriba, lo que el cielo calla, o lo que se calla en el silencio del cielo de que trata 8,1.

Por tanto, no es que se contrapongan el silencio de 8,1 con las voces de 11,15ss sólo o principalmente por tratarse en ambos casos de los últimos elementos de dos septetos contiguos (lo mismo valdría si fueran dos septetos más alejados).

Por otra parte, el único verso 8,1, como tal elemento de un septeto, en mi explicación no puede quedar reducido a una mera pausa o transición, sino que adquiere una entidad propia, tan propia y tan relevante como por ejemplo la séptima trompeta (que tampoco se reduce a un mero canto final) o como cualquier otro elemento de cualquier septeto. Si el hablar del cielo, por tan recurrente, es tan relevante, es de suponer que no lo será menos su falta, el silencio. No parece, pues, pertinente reducir el séptimo sello de 8,1 a una mera introducción al septenario siguiente, que sería entonces propiamente el contenido del séptimo sello. En ambos elementos, el séptimo sello y la séptima trompeta, se calla o se proclama, respectivamente, el mensaje arriba esbozado de Apc, que se puede resumir en que Dios y Cristo reinan efectivamente y son jueces en activo, tanto para premiar como para castigar (con lo



que, al proclamarlo, responde a la pregunta que supone lo contrario y que refleja un aspecto de lo que, para entendernos, hemos llamado «la situación apocalíptica» en 6,11: «¿hasta cuándo dejas de juzgar...?»<sup>8</sup>.

Tampoco se puede deducir de lo dicho una sucesión cronológica narrativa del tipo: primero calla el cielo y después, más tarde, habla (y con ello elimina, cambiándola en esperanza, la impresión de desesperanza dejada por el silencio). Me parece más bien que cada septeto es autónomo y autosuficiente, como un apocalipsis en miniatura, pero formando parte del conjunto de Apc, porque es evidente que de un septenario a otro continúan presentes en la obra algunos personajes (sobre todo los que pertenecen a la «corte celestial» de Apc 4-5, corte que se va incrementando de cuando en cuando, bastante incoherentemente, con nuevos elementos) y sobre todo que hay progresiones en la claridad con que se va explicitando el misterio apocalíptico, en la dureza de los castigos, cada vez más explicitados como tales (con la finalidad de que los malos se enmienden...), etc.; incluso que, cuanto más avanza Apc, más se van destacando las ultimidades, que culminan en el último septenario.

## 2.6. EL SILENCIO EN EL CIELO COMO (ÚLTIMO) ELEMENTO DE UN SEPTENARIO

Está claro, por lo dicho, que considero el Apc como un septenario de septenarios (o septeto de septetos), con toda la carga simbólica que puede aportar al libro el número «7×7». Estos siete septenarios serían (aproximadamente: a veces es difícil definir las fronteras, porque ¿qué razón hay que prohíba una franja de transición más amplia?), teniendo en cuenta que a los siete elementos se pueden añadir fuera de número lo que podríamos denominar «introducciones» e «intermedios», los siguientes:

1.º: 1,8 - 3,22	5.º: 15,1 - 16,21
2.º: 4,1 - 8,1	6.º: 17,1 - 19,5 (19,6-10
3.º: 8,2 - 11,19	pertenece más bien al siguiente)
4.º: 12,1 - 14,20	7.º: 19,6 - 22,5.

<sup>8</sup> En lo que esta séptima trompeta contiene de afirmación de Dios como Juez puede comprenderse perfectamente que ella sea el tercer οὐαί anunciado en 11,14 como realización pronta (ταχύ) para subrayar el aspecto de veracidad y respuesta a la demanda de los creyentes apocalípticos: ¡también se proclama el castigo de los malvados, aparentemente inmunes de él, en varias frases de 11,18!

Ahora bien, en cada septeto, como en un microapocalipsis, sus siete elementos, su introducción y sus eventuales intermedios constan cada uno de pequeños cuadros que expresan figuradamente aspectos variados de la situación apocalíptica o responden a las preguntas que ella plantea al lector apocalíptico. O, expresado en otros términos, menos genéricos (y por ello menos evidentes), son o «juicios-castigos» (nombrados a veces en Apc como «plagas» recordando las de Egipto) o juicios-salvaciones, entendidos ambos términos en un sentido más bien amplio<sup>9</sup>. Naturalmente los juicios-plagas recaen sobre los «malos» y los juicios-salvación sobre los «buenos»<sup>10</sup>. Los juicios y las salvaciones nor-

<sup>9</sup> Sobre esta terminología en Apc, cf. los datos siguientes: *κρίσις* en 14,7; 16,7; 18,10; 19,2; *κρίμα* en 17,1; 18,20; 20,4; *κρίνειν* en 6,10; 11,18; 16,5; 18,8.20; 19,2.11; 20,2s; *πληγαί* en 9,18.20; 18,4.8; 21,9; 22,18 y sobre todo en 15,1.6.8; 16,9.21. En Apc 15-16 precisamente se explica el sentido y la finalidad de los juicios-castigos-plagas. Se implica «juicio» con estas u otras palabras en Apc 2,23; 11,17s; 15,3s; 16,19; 17,1; 18,5-8.10.20; 19,2.19-24; 20,4-6.11-15; 22,12... Leídos estos pasajes en su contexto y en el de todo Apc, pueden iluminar enormemente el sentido del libro y acaso también el modo como lo vamos explicando.

<sup>10</sup> Merecen consideración las formas como se denominan en Apc los «buenos» y los «malos». Los malos: se enumeran sus «vicios» (9,21; 21,8; 22,15); se llaman «los habitantes de la tierra» (6,10; 11,10; 13,8.12.14; 17,2.8); los que no llevan el sello de Dios (9,4; cf. 7,4); los que llevan la marca de la Bestia (13,17; 14,9; 16,2; 19,20); idólatras (9,20); los que destruyen la tierra (11,18); los adoradores de la Bestia (13,8.12; 14,11; 16,2; 19,20); los que no están inscritos en el libro de la vida del Cordero (13,8; 17,8; 20,15). Los buenos se denominan: los que guardan las palabras de esta profecía (1,3; 12,17; 22,9); los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús (14,12); los santos (5,8; 8,4; 13,7; 14,12; 16,6; 17,6; 18,20.24; 19,8; se añade a «santos», también «profetas» y «temerosos de Dios» en 11,18); la descendencia de la Mujer (12,17); el pueblo de Dios (18,4); los comprados o redimidos con la sangre del Cordero (5,9s); los matados por la palabra de Dios... (6,9; 18,24; 20,4); los marcados con el sello de Dios y del Cordero (7,3; 14,1); los siervos de Dios (7,4; 19,2.5; 22,6; en 19,5, además, «los temerosos de Dios»); los inscritos en el libro de la vida del Cordero (3,5; 20,12; 21,27); los que no adoran a la Bestia (13,15; 20,4); los rescatados de la tierra (14,3-5); los testigos de Jesús (17,6); los llamados, escogidos, fieles (17,14); los que no llevan la marca de la Bestia (20,4); los vencedores de la Bestia y de su imagen (15,2). De tales denominaciones es posible que en Apc se encuentren más y en más pasajes que los citados. En cuanto a los «juicios-salvaciones» de los buenos hay que reconocer que se presentan en formas más bien variadas. En (casi) todas ellas se puede descubrir algún tipo de «oposición». Por ejemplo (y presento prácticamente todas, aun a riesgo de aumentar desmesuradamente esta nota):

7,1-8 (intermedio): preservación de plagas terrestres (parece que de las que afectan a la tierra como castigo de los «habitantes de la tierra»). Oposición: peligro-liberación.

7,9-17 (intermedio): salvación en el cielo, «escatológica», de los santos, fieles. Oposición: tribulación-liberación (cf. v.14).

8,2-5 (introducción a septeto de trompetas): Dios escucha las oraciones de los

malmente no están «fechados», de suerte que sólo por su propia naturaleza pueden ser colocados en un calendario, que por eso mismo estará confeccionado *ab extra*, desde fuera de Apc. Y así se pueden distinguir juicios «intrahistóricos» o «escatológicos» (éstos se encuentran sobre todo en el último septeto). Lo mismo vale de las salvaciones.

De este modo el septeto tercero (Apc 8,2-11,19), por ejemplo, en sus cuatro primeros elementos, paralelos entre sí y al mismo tiempo formando partes de un todo y paralelos también con los cuatro primeros del septeto anterior (6,1-8), constata que hay juicios-condenación sobre el mundo entero, pero (todavía) limitadas, bajo control divino. En el septeto de las copas, el quinto, se aclarará, con plagas más duras y menos limitadas, que se pretende que los «malos» se conviertan. Más fuerte es también la plaga de la quinta trompeta (9,1-11): ya no apunta al mundo, sino a los hombres, y es más dura (cf. 9,6). Algo semejante ocurre con la sexta trompeta. En ella además se indica claramente quiénes son los castigados y para qué, y se anota que no se arrepintieron y de qué deberían arrepentirse (9,20s). Antes de la séptima trompeta se entreveran algunos cuadros, en forma de «intermedios», que acaso

---

santos. Oposición: petición de ayuda o liberación de tribulación — aquiescencia (al menos implícita).

10,1-11 (intermedio): en v.6s., cumplimiento del «misterio» de Dios; oposición: situación apocalíptica de desesperanza — promesa de solución; en v.8-11, oposición amargo-dulce: lo amargo son los castigos de los malos y lo dulce las salvaciones de los buenos; se implican las oposiciones homólogas buenos-malos y premio-castigo.

11,1-13 (intermedio): en v.1, oposición salvación de los del templo — abandono a su perdición de los de fuera, frente a una amenaza de plaga, al menos implícita; en v.3-13: oposición persecución-liberación.

11,15-19 (séptima trompeta): oposiciones parecer-ser de Dios, correspondientes a Dios mudo e inactivo — Dios reina y juzga. Los buenos son en realidad premiados (v.18), o se proclama que lo son o serán.

12,1-18 (las dos primeras señales): oposiciones ataque-liberación (del Bien) y lucha-victoria de Dios y los suyos contra el Mal (que implica derrota del Mal).

14,1-5 (quinta señal): liberación o salvación («escatológica», en el cielo) de los buenos; oposición: fidelidad (en tribulación) — premio (y liberación).

14,13 (intermedio, o contraposición a las voces de los ángeles que antes anuncian castigo de los malos): promesa de premio a los buenos por sus obras («escatológico», después de la muerte); oposición (con v.12): aguante y buenas obras — premio.

15,2-4 (introducción a septeto): semejante a 14,1-5; añade: premio-reconocimiento (en oposición) de la justicia (con ellos, y, por el contexto, de la que amenaza como castigo a los malos de modo semejante a 16,7 y 19,14 en sus contextos).

20,4-6 (en visión quinta): juicio-salvación («escatológica») de los buenos y juicio-condenación de los malos.

21,1-22,5 (séptima visión del séptimo septeto, los nuevos cielos y la nueva tierra y la Jerusalén celestial): descripción del premio «escatológico» de los buenos, que presupone la oposición tribulación superada-premio.

se pueden dividir en dos principales: 10,1-11 y 11,1-13. El primero se unifica en torno al «librito» (10,2.8-10). Se producen siete truenos (10,3-4), como un nuevo septeto posible pero inédito, porque no le es dado al vidente escribirlo, por más que lo ha visto y oído; sólo comunica a sus lectores que sus esperanzas se cumplirán misteriosamente. (El septeto callado indicaría, a mi entender, que Apc no revela todo el misterio, lo que en alguna manera se asemeja al silencio del cielo de 8,1 como lo vamos explicando). La segunda parte de este intermedio plural (10,8-11) califica el mismo libro Apc como profecía «dulce y amarga», como que contiene cuadros de salvación y condenación. El segundo intermedio (11,1-13) expone en un relato el destino de los cristianos: no están dejados de la «mano de Dios», por más que temporalmente sucumban ante la Bestia: habrá una victoria. Todos estos pequeños cuadros son mensajes dirigidos a los lectores en situación apocalíptica. Dios controla las calamidades. Ellas son plagas-juicios contra los malos. La situación es difícil y llena de misterio para los buenos, los creyentes que esperan la salvación de Dios; esta salvación llegará, como aparece en la historia relatada casi alegóricamente en 11,1-13. Los cantos de victoria de la séptima trompeta en 11,15-18 con la pequeña visión de 11,19 son el contrapeso, el cuadro todo esperanzador: el cielo proclama que Dios y Cristo reinan y juzgan. Así, todo el septenario es un conjunto de cuadros yuxtapuestos, entremezclados, impresionistas, que hablan, cada uno a su manera (como cada septeto a la suya), a la situación apocalíptica de los lectores.

Lo mismo acontece con el segundo septeto<sup>11</sup>, el de los siete sellos (4,1-8,1). Los primeros cuatro sellos son muy semejantes a las primeras cuatro trompetas y significan lo mismo, pero el septeto es algo más general y genérico en el rigor de los juicios y más explícito en su introducción (Apc 4-5) en cuanto al hecho esperanzador y salvífico de que cuanto sucede en el mundo se halla en el libro sellado del que posee el secreto y el dominio el Cordero. Esta afirmación, por otra parte, es válida para todos los septetos siguientes, en cuanto que la introducción a este septeto (Apc 4-5) es también introducción a todo lo que sigue de Apc. El sello quinto (6,9-11), en cambio, expresa, sobre todo en v. 9, otro aspecto de la situación apocalíptica de los lectores. Algunos han

<sup>11</sup> Los septenarios quinto y sexto son casi sólo «castigos-juicios» (más generales en el quinto, más personalizados en el sexto), que, como los del septeto tercero, muestran que Dios es efectivamente juez, pero añaden detalles importantes. Sobre todo el sexto, al expresar el juicio-condenación de la Babilonia simbólica, que acaba por cierto con un cántico semejante al de 11,1-18. En el primer septeto los siete mensajes a las siete iglesias se pueden también calificar como juicios, a la vez condenaciones (como amenaza) y premios (como promesa), según los casos.

sido degollados por la fuerza de los malos y esperan que Dios les haga justicia. Dios les concede una suerte de premio provisional (v. 11), una especie de juicio-salvación, y les explica (para el lector) el que ellos juzgan retraso en el juicio que reclaman. El sello sexto es un castigo análogo al de la trompeta sexta (9,13-20), un terrible juicio-castigo de los hombres. En contraste con los juicios-castigos hay dos intermedios o interludios «salvíficos»: 7,1-8 y 7,9-17; la promesa, valedera acaso para todo Apc, de preservación de las plagas en el primero, y, en el segundo, la promesa y seguridad de salvación plena, confirmada y basada en los «cantos» que proclaman que Dios y el Cordero dominan la situación, reinan, juzgan y salvan, en correspondencia plena con su presentación en la introducción del septeto.

Algún septenario, como el sexto, el de las siete «voces» (Apc 17,1-19,5; las «voces» están, respectivamente, más o menos en 18,1-3; 18,4-8; 18,9-10; 18,11-17a; 18,17b-20; 18,21-24; 19,1-5 con varias voces, pero todas en el cielo y complementarias, mientras que el capítulo 17 es una introducción que presenta a la protagonista del septeto, Babilonia), expresa con hechos, a veces acciones simbólicas, y con palabras o cantos («voces») que los acompañan, cada una de diversos personajes, como en un coro de tragedia griega, la condenación-juicio (colectiva) de Babilonia; el septeto es todo él juicio-condenación, sin elementos que se puedan denominar juicio-salvación. El septeto central, el cuarto (Apc 12,1-14,20), expone, en forma mítica, en qué consiste realmente y a qué se debe la situación apocalíptica, con juicios-salvación y juicios-condenación en el conjunto de sus siete «señales». Así se denominan en el texto unas y se pueden denominar las demás por analogía. Serían las siguientes: 12,1-2 (o 12,1-18: las dos divisiones pueden y acaso deben ser válidas); 12,3-4a (o 12,3-18: los vv. 4b-18 se refieren a la lucha «mítica» entre los dos personajes representados por las dos primeras señales); 13,1-10; 13,11-18; 14,1-5; 14,6-13; 14,14-20. Los juicios están implicados en todo el septeto, pero más explícitos en los tres últimos elementos.

### 3. CONCLUSIÓN

*El séptimo sello*, por analogía con los demás elementos de los demás septetos tal como quedan rápidamente explicados, será un elemento autónomo y completo de su propio septenario. Reflejará, pues, como se ve por todo lo que queda dicho del carácter de los diversos elementos de cada septeto y de las voces en el cielo, un aspecto de la situación apocalíptica arriba descrita: el creyente apocalíptico *sufre el silencio*

*del cielo*. El cielo (Dios) calla, parece insensible ante la tribulación apocalíptica, las persecuciones y muertes que por Él padecen sus santos. Parece que no le importan. No ofrece explicaciones ante el hecho de que el creyente apocalíptico no ve en la práctica que Dios sea Rey y Señor y Juez y que actúe como tal, de forma que mantenga la esperanza en los que están en trance de dudar de ella y de su fe en el Reinado de Dios y en el de Cristo, que el lector apocalíptico creía inaugurado por su Resurrección y Exaltación y cuyos efectos, contra toda esperanza, parecen anulados en la vida cotidiana por otros poderes malignos rivales. Apc 8,1 describe la desesperanzada situación de la apariencia de que Dios no es Dios ni Cristo es Cristo ante el grave conflicto que se debate en el mundo y en el que se juega la esperanza del creyente: ¿Quién es el señor del mundo, de los hombres, de la Historia: Dios y el Cordero, o las potencias hostiles como Babilonia, la Bestia, la Prostituta...? <sup>12</sup>. Se trata, pues, de un silencio angustioso, desesperanzado, pero poco duradero («media hora» aproximadamente): Dios se manifestará pronto. Así pone Apc de relieve que Dios se manifiesta (habla) ya en Apc; que las visiones y audiciones de Apc son ya la ruptura de ese silencio; que ellas incluso dicen, en esta audición del silencio en el cielo por una media hora en el séptimo sello, que Dios ya reconoce esa su apariencia de ser un Dios mudo ante la tribulación de los creyentes y que responde a ella con las «revelaciones» de Apc. El mensaje de Apc 8,1 sería, pues, en mi explicación, que Dios responde en Apc 8,1 que su silencio es una impresión breve, que Dios ya está hablando en Apc lo que de Dios espera el lector apocalíptico en situación apocalíptica, en «la gran tribulación». Y que en ese hablar Dios, dice que está actuando como tal siempre, aunque aparezca lo contrario a veces; que esa apariencia de silencio incluso pertenece a la situación apocalíptica, es constitutiva de ella, es conocida y acaso querida por Dios como situación característica del creyente apocalíptico, de la que Dios se hace cargo y a la que las visiones de Apc son la respuesta que rompe el silencio, aparente abandono, de Dios. Se trata, pues, en Apc 8,1, no sólo

---

<sup>12</sup> E. FIORENZA, *Gericht und Heil. Zum theologischen Verständnis der Apokalypse*, en J. SCHREINER (ed.), *Gestalt und Anspruch des Neuen Testaments*, Würzburg 1969, p. 346s., ve precisamente en Apc 11,15.17s. «die 'theologische Mitte' der Apk ausdrücklich zur Sprache gebracht. Es ist die Herrschaft Gottes und seines Christus über die Erde. Die Durchsetzung dieser Herrschaft bedeutet für die Zerstörer der Erde Vernichtung, für die Toten das Gericht und für die Gemeinde und all die, die Gott und nicht den widergöttlichen Mächten die Ehre gaben, die Belohnung. [...] Die Apk ist somit ein höchst 'politisches' Buch. Ihr geht es nicht in erster Linie um die Erlösung und das Heil des einzelnen, sondern um die Frage, wer der Herr der Welt und der Erde ist».

de la descripción o constatación de un aspecto normal de la «tribulación» apocalíptica, sino también, como en otros cuadros que son elementos de septetos (cf. arriba nota 10), de una especie de juicio-salvación: trata de liberar de la tribulación (como todo Apc) en cuanto asegura o promete o por lo menos constata que el silencio de Dios es breve, acabará pronto, ya está terminando<sup>13</sup>.

De que arriba hayamos opuesto a 8,1 los cantos de 11,15.17s no se sigue que estos cantos sean el hablar del cielo que repara o compensa o rompe aquel silencio, una vez transcurrida la media hora. Más bien lo que viene a eliminar el silencio sería todo Apc.

Tampoco se implica, en la mencionada oposición, el supuesto de que en Apc Dios y Cristo no «asumen su poder y comienzan a reinar» (cf. Apc 11,17b) hasta el momento del toque de la séptima trompeta, que acaso se pudiera ver aludida en 10,7. El silencio, entonces, en 8,1 sería la falta real (no sólo aparente) del reinado de Dios, que no se inauguraría hasta pasada media hora, y esa media hora no habría pasado (y ya habría pasado entonces) hasta el momento del toque de la trompeta séptima. Ya esta misma comprensión de la media hora suscita los típicos problemas de todo intento de interpretación de Apc con utilización de alguna cronología. Desde luego que el «misterio de Dios» (10,7) podría muy bien estar expresado en 11,15-19. Pero sin negar esto, ¿qué días o qué tiempo es ése de 10,7? ¿Cómo se puede fechar ese momento dentro del tiempo de Apc, y, sobre todo, a la luz de este septenario, dado el principio que hemos profesado arriba de la autonomía de los septenarios y hasta cierto punto de sus elementos? Me parece que todo intento en este sentido sería baldío o pura especulación. Consideremos algunos datos. Dentro del tercer septeto, el de las trompetas, ya en 8,3, en su comienzo, se menciona el trono de Apc 4,2 (y de todo Apc 4-5) que cualifica a Dios como Rey y Señor. Esta alusión al trono explicita la continuación en este septeto de la corte celestial del anterior. Para limitarnos a este septeto, el tercero, ya ha habido una serie de juicios-condenación, antes de 10,7 y de 11,15ss, en las primeras seis trompetas; en la sexta se anota que no se arrepintieron el resto de los hombres, los que se libran de la muerte-castigo (9,20s), falta de arrepentimiento que implica culpa precisamente ante Dios Juez y Rey. Y con rasgos de Juez y de Rey se menciona Dios en 10,6... Además, desde otros pasajes

<sup>13</sup> En la teoría lingüístico-sintáctica checa que los alemanes llaman «Funktionale Satzperspektive», lo que empalma el aserto de 8,1 con la situación, lo conocido del lector (el *Thema*, el *topic*); es la existencia del silencio en el cielo; y lo nuevo, la información, lo que se afirma de ese silencio (el *Rhema*, el *comment*), es que sólo dura poco tiempo, que es muy breve.

de Apc se entiende sin mayor dificultad que Dios es Dios desde siempre y que Cristo es Rey y Juez desde su Exaltación. Tampoco hay que deducir de este pasaje que el canto de 11,15ss se refiera necesariamente al momento de la Exaltación de Cristo. O que «ahora» (¿pero cuándo?) empiezan a *mostrarse* Dios y Cristo como tales, aunque antes (8,1) no se mostraban. Más bien, pues, en el toque de la séptima trompeta se proclama el Reinado eterno de Dios y el de Cristo desde su Exaltación, y ello como un mensaje, el centro del mensaje de Apc, la solución total para la situación apocalíptica, entre otros muchos que de una manera u otra expresan lo mismo o algo implicado con ello. En cuanto al comienzo del reinado de Dios en 12,10: se refiere expresamente a un tiempo «mítico», el de la derrota de Satán, tiempo que es «extrahistórico», que expresa lo que está sucediendo siempre, al menos etiológicamente. Me parece más conforme con el conjunto de Apc esta comprensión de los pasajes comentados que no la de situar un comienzo del reinado de Dios y/o de Cristo en un momento señalado por el mismo Apc o colegible desde fuera de él, o que reducirlo a una manifestación del reinado para la fe del creyente en situación apocalíptica, o a un punto del futuro...

Tal es el mensaje de Apc 8,1, el que el creyente en situación apocalíptica necesita oír para confirmar su esperanza, que le parece vana ante la aparente falta de realidad, de efectividad, del reinado de Dios y de Cristo, falta manifestada en el silencio del cielo en Apc 8,1. Esta situación desesperanzada y desesperanzadora descrita en 8,1, tal como intento explicar este texto, pertenece a la «gran tribulación» apocalíptica (7,14) como uno de sus rasgos integrantes y constitutivos, semejante al de las «lágrimas» de 7,17 y correlacionado con él, y con las «oraciones» de 8,3, con la angustiada pregunta de 6,10 («¿Hasta cuándo dejas sin juzgar...?»), con la «tribulación» y «el aguante» (θλίψις y ὑπομονή) que caracterizan también la situación apocalíptica. Todos ellos, rasgos de «desolación espiritual» que Apc tiene como finalidad convertir en fe esperanzadora en el triunfo del Bien, de Dios y de Cristo<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> Un silencio de Dios que parece semejante a éste de Apc 8,1, como he tratado de explicarlo, sería el de algunos pasajes de los Salmos (que numero según el texto hebreo). Cf. Slm 74,9-12 (en situación semejante a la de Apc, pero en mentalidad y con respuesta diversa); 83 (semejante al anterior); 28,1; 35,22 (véase el contexto); 39,13; 109,1... En cambio, en Slm 50,1-6 Yahweh no permanece callado, sino que habla, llama y «juzga». Tales textos del AT podrían ser «paralelos» más pertinentes de Apc 8,1 que los alegados por otros autores citados arriba. Del mismo modo la pregunta «¿hasta cuándo...?» de Apc 6,10 encontraría un paralelo muy cercano en Slm 94, más en concreto en su v.3 (aunque la respuesta sigue un camino nada apocalíptico).